

Ramón Pérez de Ayala frente a Juan Valera

Adolfo Sotelo Vázquez

«Valera re refugió en el nomadismo de la vida diplomática»
Américo Castro, 1957

«Qualque li ha dit malabarista»
Gabriel Alomar, 1905

Durante cerca de un siglo ha sido lugar común de la historia de la novela española señalar la deuda de los quehaceres narrativos de Ramón Pérez de Ayala con respecto a Juan Valera. El propio novelista asturiano lo recordó a comienzos de 1925: «En algún momento ha constituido casi un tópico, que yo, en cuanto a escritor, semejaba, y lo que es aún peor, remedaba, a don Juan Valera»¹. Pérez de Ayala hacía este recordatorio para distanciar radicalmente su temperamento artístico frente al autor de *Pepita Jiménez*. Las líneas que siguen quieren atender a esa relación o pretendida deuda, tomando como atalaya los escritos que Pérez de Ayala dedicó a Valera, editados por García Mercadal con notable desorden en el tomo *Divagaciones literarias* (Madrid, Biblioteca Nueva, 1958), si bien dos breves impresiones en las que Valera es coprotagonista de ellas desembarcaron en *Amistades y recuerdos* (Barcelona, Aedos, 1961). Se trata de «Clarín, Valera y Menéndez Pelayo» y «Valera y Galdós».

Previamente quiero, ayudado por los esmerados trabajos de Cyrus de Coster (*Bibliografía crítica de Juan Valera*, Madrid, CSIC, 1970) y, sobre todo, de Florencia Frieria y J. Tomás Cañas («Colaboraciones periodísticas de Ramón Pérez de Ayala. Crítica de ediciones e índices», *Actas del I Congreso de Bibliografía Asturiana*, Oviedo, 1952) señalar que los ensayos de Pérez de Ayala que tienen como sujeto la personalidad y la obra de Valera datan de dos momentos cronológicos diferen-

¹ Ramón Pérez de Ayala, «Don Juan Valera. Una confesión» (1925), *Divagaciones literarias*, Obras completas (ed. J. García Mercadal), Madrid, Aguilar, 1966, t. IV, p. 869. En adelante citaré en el texto, la página entre corchetes y siempre siguiendo esta edición.

tes. Los comienzos del año 1925 son el primer momento: Pérez de Ayala se ocupa de Valera al aire de los homenajes que se tributaron al escritor cordobés con motivo del centenario de su nacimiento. Por esas fechas el intelectual asturiano era asiduo colaborador de *La Prensa* de Buenos Aires y de *El Sol* de Madrid, y fue en esas páginas donde vieron la luz sus ensayos «Don Juan Valera o el arte de la distracción» y «Escolios a don Juan Valera», divididos en varias entregas. El primer ensayo se publicó entre enero y febrero en el periódico bonaerense y en abril en *El Sol*. El segundo ensayo apareció en cuatro entregas, entre abril y mayo, exclusivamente en *La Prensa*².

El segundo momento corresponde a 1945: son los ensayos recogidos en *Divagaciones literarias* bajo el marbete de «Más sobre Valera». Proceden de *La Prensa* de Buenos Aires, donde se publicaron en el otoño de 1945. Algunos volvieron a ver la luz en *ABC* durante los meses de marzo y abril de 1956. Los recogidos en *Amistades y recuerdos* son de los años 1957 y 1959 y proceden de las páginas de *ABC*.

I

A la altura de 1925, Ramón Pérez de Ayala es uno de los grandes críticos literarios en activo. De la órbita que se había iniciado en esas labores en la última década del XIX siguen firmando en las páginas de la prensa, Gómez de Baquero y Azorín. De la generación novecentista están en plena actividad Enrique Díez-Canedo, Rafael Cansinos Assens y Pérez de Ayala, mientras, al aire de Ortega, dan sus primeros pasos Benjamín Jarnés, Ricardo Baeza, Antonio Espina y Guillermo de Torre. La simpar Emilia Pardo Bazán había fallecido en 1921 y el desigual y poco conocido Andrés González Blanco, en 1924.

Pérez de Ayala goza para 1925 de dos tribunas de reconocido prestigio: las páginas del bonaerense *La Prensa* y las del diario emblemático de la Edad de Plata, *El Sol*. A menudo las mismas colaboraciones del escritor asturiano se publican en una y otra empresa periodística, mientras Manuel Azaña, el intelectual de la generación del 14 que más y mejor se ocupó de Valera, estaba preparando desde antes su fundamental estudio y edición de *Pepita Jiménez*, para *Cuadernos literarios*

² «Escolios a don Juan Valera» no se recogió en *Divagaciones literarias*. El contenido del tomo no coincide exactamente con el apartado del mismo nombre de las *Obras completas*. Se trata de un ejemplo del «laberinto gratuito» creado por algunos editores de Pérez de Ayala.

y para «La Lectura» (Clásicos Castellanos), publicados el año 1927, en tanto que el año anterior, 1926, ganaba el Premio Nacional de Literatura con una *Vida de don Juan Valera* que quedaría inédita.

Los artículos de Pérez de Ayala de 1925 sobre Valera se articulan en dos ensayos: «Don Juan Valera o el arte de la distracción» y «Escolios a don Juan Valera». El primero contiene el meollo de las reflexiones del escritor asturiano sobre el cordobés, mientras el segundo son unas notas complementarias. Ambos, sobre todo, el primero, seguramente tienen su origen en la conferencia que dictó el autor de *AMDG* sobre el de *Pepita Jiménez* en la conmemoración de su centenario por la Real Academia Española y de la que informaba *El Sol* del 12 de diciembre de 1924.

Pérez de Ayala recuerda al comienzo del ensayo que conoció personalmente a Juan Valera «en la extremidad de sus años» [855]. De inmediato, no obstante, emprende una serie de divagaciones en el cómodo escenario para él de la cultura clásica, y tras esa distracción por los dominios que también habían sido familiares a Valera, justifica tal divagación: «Si me distraje ha sido adrede. Os diré por qué: por pleitesía y homenaje a la memoria de don Juan Valera» [857].

He aquí el eje vertebrador del ensayo: explicar cuál era la norma predilecta del escritor y diplomático, cuál era la norma que unificaba su obra toda (narraciones, ensayos críticos, disquisiciones filosóficas, etc.). Y la norma, a juicio de Pérez de Ayala, quien ha empleado el exordio como metáfora, es «el cultivo consciente y artístico de la distracción». Entiéndase, empero, que el arte de la distracción consiste en jamás distraerse –tal como él ha fraguado el preámbulo de su ensayo– porque la inteligencia «privilegiada y amplísima [858]» de Valera «gira y torna, hace que se va y vuelve, rodea y soslaya, amaga y ejecuta cómicas piruetas y finge austeros simulacros en torno a un objeto o asunto, sin tropezarlo por casualidad ni rozarlo siquiera» [858]. De esta naturaleza es la conducta intelectual de Valera.

Con pulso severo e irónico Pérez de Ayala busca un símil para explicar los quehaceres intelectuales:

«Supongamos que en un restaurante pedimos a un camarero una botella de Burdeos. El camarero coloca la botella en el suelo, y antes de abrirla, comienza a bailar en torno de ella, despaciosamente, prolijamente, la danza del vientre, provocando el estupor y la admiración de cuantos tienen la dicha de presenciar este espectáculo. Por último, el camarero retira la botella sin haberla abierto, y nosotros olvidamos que

la habíamos pedido para beberla, para degustarla. Don Juan Valera fue siempre muy diligente en sacar a plaza todos los asuntos de actualidad que la curiosa clientela de lectores solicitaba. Luego hizo con ellos lo que el camarero con la botella de Burdeos: los dejó vírgenes» [858-859].

El símil en lo que tiene de inteligencia malintencionada lo hubiese suscrito el propio autor andaluz, pero debe advertirse que penetra en el relativismo y el pragmatismo de la trayectoria intelectual de don Juan con sorprendente lucidez, especialmente en el dominio de la crítica literaria, dado que lectores agudos de sus novelas (pienso en *Pepita Jiménez* o *Doña Luz*, y en Clarín como lector) no quedaron vírgenes, a juzgar por frutos tan plenos como *La Regenta*.

Tras el símil, Pérez de Ayala, que pauta su ensayo con exquisito gusto por los senderos de la distracción –«arte refinadísimo» [859]–, sostiene que el ademán fundamental de Valera se originaba en un concepto peculiar de la vida. Vinculación de vida y literatura que por esos años anudaba con mano maestra Manuel Azaña, pero que desde la óptica severa de Pérez de Ayala tiene su explicación en que el puño cerrado (que Fontenelle no quería abrir para no hacer infelices a los hombres) de Valera guarda una verdad suprema, «una verdad terrible: el vacío» [860].

Los finos pliegues de su sonrisa y la íntima fruición en desconcertar al lector son las coordenadas desde las que Pérez de Ayala se acerca al novelista cordobés, ámbito en el que también cultiva con ahínco y sin distraerse «el arte de la distracción como terapéutica del espíritu» [864], porque desde su obediencia al sentido común examinó el entusiasmo, el endiosamiento del individuo que Pérez de Ayala encarna en tres direcciones:

«Como voluntad de conocimiento, bien por raciocinio, bien por intuición, ciencia y arte, y como voluntad de dominio o heroísmo; direcciones determinadas por tres maneras de amor: amor al bien, amor a la verdad y a la belleza, amor al poderío» [865].

Estas tres direcciones ocupan el sujeto –según decían los clásicos– de las fábulas novelescas de Valera, en las que examina «de cerca y en su reconditez» [866] todas las aspiraciones de grandeza –santidad, ciencia, arte, heroísmo– que se truecan en pequeñas vanidades e ilusiones. Tal *Pepita Jiménez*, la santidad; *Las ilusiones del doctor Faustino*, la voluntad de ciencia y arte; y *Morsamor*, el heroísmo. Desde su formación humanística Valera crea un universo narrativo que Pérez de

Ayala lee como un «ensayo sobre el hombre en general», instruyéndonos, *malgré lui*, «de cómo el santo, el sabio, el artista y el héroe son hombres de carne y hueso, con el propio mecanismo interior de un hombre común y corriente» [868].

El corolario de este primer ensayo de Pérez de Ayala sobre Valera es ejemplar. Opone al humanista cordobés, el humano Pérez Galdós, quien en su universo narrativo contacta cordialmente con la razón —la razón de la sinrazón— individual, y al modo cervantino, excava «en la aridez del hombre común y corriente hasta sacar a la luz un granito o simiente de santidad en el más pecador, de sapiencia en el más necio, de sensibilidad en el más romo, de bravura en el más pusilánime» [868]. En efecto, dos modos diferentes de entender la novela y la vida.

II

Los «Escolios a don Juan Valera» son el segundo eslabón, complementario del anterior, incluso en el tono, estilo el de Pérez de Ayala que, por cierto, guarda alguna similitud con el que empleó Gabriel Alomar al trazar una semblanza olvidada de Juan Valera (*El Poble Català*, 20-V-1905). En realidad, el autor de *AMDG* consideraba los «Escolios» como unas apostillas al ensayo sobre el arte de la distracción.

Primera apostilla: la «aristocracia» de Valera. Pérez de Ayala la difumina en un doble plano vital, al dibujarlo como un «hidalguillo lugareño cuya secreta pesadumbre se cifra en no ser por nacimiento un prócer de sangre» [871], y al sancionar con ironía la vanidad —revelada a través de sus conferencias epistolares— que le inducía a relacionarse con gentes de mucho fuste. La liviana y aparente aristocracia de Valera se trastoca en el examen de Pérez de Ayala en «plebeyez doblada de cazurrería» [892], que ejemplifica en la presunción de estar en el secreto de todo, aunque lo disimule. Y el secreto de todo es el de tanta gente distinguida que no son sino pobres diablos bajo su apariencia de sabios o de héroes. El secreto de la aristocracia de Valera es su cazurrería.

Segundo exordio: el valor de la crítica de Valera, entendida estrictamente como «función del juicio» [898]. Pérez de Ayala considera que la crítica es actividad de servidumbre, aunque puede ser tanto servidumbre noble —«interpretar de buena fe la actividad ordenada por otro» [898]— o plebeya —«menospreciar la genuina creación ajena» [898]—. Al mismo tiempo, el autor de *Belarmino y Apolonio* sostiene que la crí-